

LONDA SCHIEBINGER, *Has Feminism Changed Science?* Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1999

La cuestión del género en la ciencia ha sido tratada desde multitud de disciplinas y perspectivas y la producción ha sido ingente en los últimos veinte años. Las historiadoras han mostrado las claves del desalojo de la mujer del ámbito del conocimiento y de los contextos de organización de la vida profesional, las sociólogas analizan las vías del acceso al entramado de la ciencia y cómo las jerarquías de las comunidades imponen la lógica de la presencia de las mujeres en los niveles más bajos de ésta, las biólogas siguen asombrándose de cómo las hipótesis acerca del comportamiento de las mujeres están más plagadas de prejuicios provenientes de la cultura en vez de constituir un reflejo de prácticas científicas adecuadas, y las historiadoras y filósofas de la ciencia han analizado la influencia del género en los contenidos y métodos de la ciencia.

El planteamiento inicial de Londa Schiebinger, profesora de Historia de la Ciencia en Pennsylvania State University y autora de relevantes trabajos de los cuales uno de los más tempranos es *The Mind has no Sex?: Women and the Origins of Modern Science* (Harvard University Press, 1989), es valorar o preguntar por los cambios que ha producido el feminismo en la ciencia más que contribuir al debate en alguna línea o perspectiva particular. Ha llegado también el momento de plantear, afirma, qué nuevas perspectivas, qué nuevas prioridades, qué nuevos proyectos de investigación ofrecen los estudios de género.

El compromiso de la autora con un feminismo no esencialista se revela desde las primeras páginas de su obra. Afirma que no hay un «estilo feminista o femenino» preparado para ser puesto en práctica en algún laboratorio o cualquier otro contexto de producción científica. Cree que las metas feministas en ciencia no pueden ser conseguidas a través de la invocación de principios-cliché dibujados desde una mítica «feminidad perdida». Por el contrario, subraya que es hora de distanciarnos de concepciones de una ciencia feminista aliada con conceptos como

«empatética» o «no-dominante», y centrarnos en las herramientas de análisis por medio de las cuales una investigación científica puede desarrollarse tanto como criticarse según líneas feministas. Estas herramientas, insiste Schiebinger, no crean una ciencia feminista especial «esotérica», sino que incorporan una crítica consciente de género en la educación de las jóvenes generaciones de científicos y científicas y en las prácticas cotidianas del mundo de la ciencia.

El texto está dividido en tres capítulos que reflejan los tres grandes problemas que la autora señala como los más relevantes hoy: que la incorporación de las mujeres a la ciencia sea más igualitaria, la necesidad de reformar las culturas de la ciencia y contribuir a la inauguración de nuevas líneas prioritarias de investigación.

El capítulo 1, titulado «*Women in Science*», es un análisis histórico y sociológico de la presencia, o mejor, de la ausencia o invisibilidad de las mujeres en la ciencia. Acudiendo a los relevantes estudios de Margaret Rossiter, *Women Scientists in America: Struggles and Strategies*, de 1982, y *Women Scientists in America: Before Affirmative Action*, de 1995, ambos publicados por la John Hopkins Press, y a los conceptos de «segregación jerárquica, territorial e institucional» para interpretar las claves de la localización estadística de las mujeres en ciencia, ofrece un análisis actualizado de la situación. Así, por ejemplo, el primer tipo de segregación se refiere al bien conocido fenómeno de que a medida que ascendemos en la jerarquía de las cotas de poder y prestigio aparecen cada vez menos mujeres. Esta noción, sugiere Schiebinger, es más útil que la del «techo de cristal», esa supuestamente invisible barrera que impide a las mujeres ascender hasta lo alto, porque la noción de disparidad jerárquica presta más atención a cómo se va produciendo esa disminución significativa a través de las diferentes etapas que definen una carrera académica y profesional. La segregación territorial y la segregación institucional reflejan la máxima ya ampliamente contrastada de que cuanto más prestigiosa es una institución o campo académico más tiempo tarda una mujer en ser promocionada. Estos fenómenos se presentan de forma invariante también en las instituciones europeas y asiáticas, tal como reflejan los estu-

dios que han sido elaborados a lo largo de los últimos veinte años. Tal homogeneidad sólo puede ser socavada desde el cambio profundo del funcionamiento de las estructuras, instituciones y la práctica de la ciencia. En otras palabras, es necesario reformar las culturas de la ciencia. A ello se dedica el capítulo II, «*Gender in the cultures of science*». La pregunta ¿tiene género la ciencia?, fue ya contestada en el siglo XVII por Francis Bacon al proponer el «nacimiento masculino del tiempo» refiriéndose al surgimiento de la nueva ciencia y el nuevo hombre de ciencia. El análisis de estas metáforas de género en la construcción de la ciencia moderna es llevado a cabo magistralmente por Schiebinger en uno de sus trabajos más conocidos. Nos referimos a *Nature's Body* (Beacon Press, Boston, 1993).

En nuestra época sigue siendo un hecho innegable que tanto el público en general como los propios científicos profesionales ven la ciencia como un asunto de hombres e identifican las capacidades intelectuales necesarias para tal tarea con aquellas capacidades representadas fundamentalmente por la mente masculina. La imagen del científico varón en el laboratorio construyendo y usando complejos instrumentos es, además, reflejo de la necesaria devoción a la ciencia para alcanzar el éxito. Esta imagen del genio científico es parte de la ideología del moderno racionalismo que invocaba la trascendencia de lo corpóreo y la concentración en la mente. Londa Schiebinger cita a Russell y vale la pena reproducir el texto para ilustrar esta cuestión: «La actitud científica de la mente implica suprimir todos los otros deseos de interés del deseo de conocer —ello implica la eliminación de ilusiones y temores, amores y odios, y toda la vida subjetiva, emocional». Así lo afirma en 1913. Huelga señalar que si lo propio del comportamiento femenino según los estereotipos de nuestra cultura es la incapacidad de eliminar estas cuestiones emocionales del trabajo profesional, la ciencia les está, en gran medida, vetada.

Este complejo de imágenes heredadas y que son lugar común en nuestra cultura aún en nuestros días, contrasta con el hecho de que las representaciones pictóricas de la ciencia y los más altos ideales abstractos durante muchos siglos acudían a las figuras de mujeres. El matrimo-

nio, el enamoramiento entre el varón científico y la mujer ciencia contribuyó al desarrollo de la idea de que mujer científica era una contradicción de los términos. El análisis de estas imágenes es propuesto por la autora en un conocido artículo del que existe traducción al castellano. Nos referimos a «Cuando la ciencia era mujer», en Ordóñez y Elena (comps.) *La ciencia y su público*. Madrid, CSIC, 1990.

No es éste más que un aspecto de los muchos que se analizan en este capítulo. Otros ejes de análisis, más allá de las imágenes o estereotipos, son las relaciones que establecen ambos géneros entre la vida profesional y la vida privada, las reglas no escritas del comportamiento verbal y no verbal en el contexto de las relaciones profesionales, las actitudes competitivas o los eventos sociales del grupo profesional, todos los cuales son núcleos de la presencia de las asimetrías generadas.

Sin embargo, tal como muestra en el capítulo III, «*Gender in the Substance of Science*», las mujeres están siendo reconocidas como líderes en campos como el de la Primatología y las Ciencias de la vida. Un campo en el que se doctora un porcentaje cercano al 80% de mujeres en esta disciplina, fruto de la reconocida labor de una primera generación de científicas que fue capaz de revolucionar las bases epistemológicas tradicionales y proporcionando nuevas interpretaciones de la conducta de los primates y procurando así nuevos modelos teóricos y de investigación a las jóvenes científicas.

La historia de otras disciplinas como la Medicina, la Biología, y la Física y Matemáticas, el análisis de la organización de estas comunidades de científicos, pero también el análisis atento de cómo el género ha moldeado ciertas interpretaciones en Medicina y fundamentalmente en Biología son cuestiones que la autora señala certeramente como grandes núcleos de investigación feminista. Señala también que así como es ésta una cuestión que empieza a ser admitida de forma general, aunque sólo respecto a la historia pasada de esas disciplinas, es generalizada también la impresión de que ello no sucede con la Física y Matemáticas. Es obvio que una crítica adecuada de la noción de objetividad asociada a estas disciplinas «duras» es necesaria. Aun-





que no es menos obvio que la influencia feminista no ha sido la misma en toda la ciencia.

Es el momento de integrar la crítica feminista, la comprensión crítica del género en la ciencia. El primer paso, a juicio de Londa Schiebinger, es la incorporación de cursos de historia del género en la ciencia en los *currícula* de cada vez mayor número de estudiantes. Los cursos de ciencia y género tienen el potencial de proporcionar a los estudiantes tanto una comprensión histórica del papel de las mujeres en ciencia como las herramientas del análisis de género que pueden abrir nuevas vías de investigación futura. He aquí algunas de esas herramientas que la autora señala a modo de conclusiones teniendo en cuenta que las herramientas analíticas a disposición del análisis de género son también todas aquellas que permiten hacer buena historia: la agudeza del pensamiento crítico, el uso preciso del lenguaje, etc. Es necesario señalar las prioridades que dan sentido a las investigaciones y a las inversiones en investigación y preguntar ¿cómo se toman las decisiones acerca de lo que queremos conocer en el contexto de los recursos limitados? Es necesario también analizar los planes o medidas institucionales, sean «colegios invisibles» informales o rigurosamente formales universidades y sociedades científicas, y cómo estructuran el conocimiento que difunden, ello ilumina algunas relaciones de proporcionalidad inversa entre prestigio y número de mujeres que admiten. El análisis de las culturas de la ciencia refleja los procesos de regulación del comportamiento de sus practicantes fomentando estilos

intelectuales que guían programas de investigación. La referencia a Helen Longino y al papel que el «*background* de asunciones» juega en el marco de las comunidades científicas es central. Es necesario también decodificar el lenguaje y la representación iconográfica de esas culturas científicas ya que éstas son las vías más efectivas de la transmisión de estereotipos y de un universo conceptual en el que la mujer científica es considerada una extraña. Es necesario, finalmente, reconsiderar las definiciones de ciencia, hoy día no emplear el género como categoría de análisis en un curso de historia, por ejemplo, afirma Londa Schiebinger, puede ser considerado claramente irresponsable.

Estas nuevas herramientas de la investigación académica están contribuyendo a cambiar la ciencia, la imagen de ella y, por extensión, nuestra comprensión crítica de la ciencia y del marco cultural en que estas prácticas son definidas. El feminismo está cambiando la ciencia porque propone nuevas concepciones del conocimiento y de las prioridades de investigación, porque propone un cambio en las actitudes en los niveles preescolares y escolares, en las estructuras de las universidades, en las prácticas en clase, en la relación entre nuestra cultura y las otras y en la interpretación de nuestra propia historia. Es, por todo ello, un texto clave y central en los actuales debates en Ciencia y Género.

INMACULADA PERDOMO REYES
Centro de Estudios de la Mujer
Universidad de La Laguna